

ALBORES

REVISTA LITERARIA

Rocha, Setiembre de 1918.—2.^a época Año III. —Núm. 19

EL PERIODISMO

En el periodismo de combate es donde se conoce la ilustración y el alma del escritor. Ahí muestra el temple de su espíritu y su adversario inteligente conoce a las primeras plumadas si tiene que habérselas con un cerebro razonador, con el acero toledano o con la tosca lanza fabricada de vieja madera que no resiste al primer embate.

La lógica, la verdad, constituyen la base de toda polémica política, de toda discusión literaria o científica; de aquí que el triunfo en las luchas de esta clase no se debe precisamente al talento sino al buen juicio, al raciocinio sereno, al análisis detenido e imparcial. Por esta razón es que vemos con frecuencia a periodistas de vastísimo talento vencidos en la arena del combate por medianías vulgares, que solo llevaron al terreno de la lucha los razonamientos de una lógica de hierro levantados sobre la base firme de un principio supremo o de una práctica nunca desmentida por la experiencia.

La ignorancia y la mala fe son abismos en que se hunde un escritor cuando se encuentra frente a frente de un enemigo generoso e ilustrado, que desde la cima de su superioridad sonríe con benevolencia, mirando los esfuerzos inútiles que se hacen para vencerlos. Armas mezquinas y estériles insultos, de nada sirven en las batallas de la idea. El soldado debe aparecer en el campo armado noblemente, con el casco erguido

sobre el pecho la luciente coraza. Debe avanzar sin miedo y luchar con franqueza, cuerpo a cuerpo, como un héroe. Y que nunca la cólera ruín o la impotencia envidiosa quien al brazo traidor que ha de herir por la espalda.

La traición y la calumnia son negras pasiones que solo pueden esgrimir armas ruines. Para ellas el veneno, el puñal escondido: no la espada vibrante en la mano de bronce, la espada que brilla al sol con fulguraciones de relámpago.

En las páginas del periódico esos párrafos embozados, esas frases de doble sentido, esas palabras que hieren como un latigazo en el rostro son puñales empuñados por manos cobardes. Como la cruz religiosa ante las tentaciones del creyente; como el desprecio del magnánimo ante las iras del miserable, deberán oponerse a aquellos ataques las armas formidables de la verdad y de la lógica, las conclusiones supremas del buen sentido: todo en un lenguaje sereno y elevado en el que ningún vocablo de a conocer la cruel ironía de los odios que como áspides se clavan en el alma.

Misión nobilísima y redentora es la del periodismo cuando se encamina por la senda de la verdad, de la justicia y del derecho: cuando va haciendo luz en la fría tiniebla, encendiendo soles en los cerebros de sombras, fustigando al vil, estimulando al bueno. Misión de luz, de caridad y de amor, es esa de «corregir al que yerra,» «de enseñar al que no sabe;» pero corregir sin insultar, como si la corrección fuera un saludable consejo: enseñar sin humillar al ignorante; antes bien aplaudiéndole su deseo de ilustrarse.

El periodismo así practicado sería una escuela benéfica, en donde la juventud actual, ávida de enseñanzas, contraria a diario, en todos los ramos del saber humano, teorías, doctrinas y pensamientos que fortalecerían su cerebro, dándole fuerza y serenidad para ven-

cer con gloria en las luchas intelectuales del porvenir.

X

EN EL CREPUSCULO

Del pobre soñador el labio amante
No miente cuando jura que te adora
Como adoraba a su Beatriz el Dante,
Como adoraba el Tasso a su Eleonora.

Tu rendido y constante caballero
Solo ante tí su voluntad humilla
Como Leandro la posró ante Hero
Y ante Isabel su Diego de Mansilla.

Su alma, que sólo en tu pasión confía,
Viven las rosas de tu faz buscando.
Como en busca de Angélica corría
El generoso palafren de Orlando.

Y aunque nube de estío pasagera
Fuese tan solo tu gentil ternura
Aún te amaría con pasión sincera
Como Huss a las llamas de su hoguera
Como Cristo á la cruz de su tortura.

CARLOS ROXLO.

REGALO DE REYES

Atardecía en el Puerto. El Sol, como una nave de oro; naufragaba en un mar sangriento y trágico.

Rosa al salir de la barraca, fijó sus ojos en el llano. Era

una mujer esbelta, de ojos grandes y tristes. El trabajo y el dolor habían marchitado su rostro, que irradiaba indulgencia, afecto, simpatía...

Oyóse en el río el taladrante silbato de un remolcador. En algunos mastiles brillaban luces bicolors. Chicuelos desmirriados, maltrechos, rasgaban el aire con sus gritos agudos.

¡Juancito!—llamó la mujer haciendo bocina de las manos.

En la serenidad del crepúsculo, se oyó un eco leve extinguiéndose a lo lejos. Rosa que iba en busca del muchacho, se detuvo al columbrar el tren de Rivera avazando ruidoso. Pasó la máquina con sus ojos gigantes y las rojas fauces de sus hornos...

Rosa había divisado una cara que hízola temblar. Era de un pasajero de segunda. Los labios de la mujer balbucearon un nombre. Repuesta de la impresión, caminó hasta dar con el hijo. De regreso al misérrimo hogar, balbuceó el niño atropelladamente:

—Mañana es día de Reyes!...

Rosa inclinada la frente marchaba sin círcle

La traición de la mujer amada llenó de amargura el corazón de Juan. La vida en el hogar entre la perjura y el hermano infame se le hizo intolerable. Una mañana, sin advertirlo a nadie, abandonó la casa. Era su propósito no volver nunca. Desde aquel día su vida fué un encadenamiento de dolores. Rodó por las repúblicas vecinas sin hallar lenitivo a sus males. En la época en que aconteciera «aquello» él tenía un rígido concepto del honor. Fué preciso el transcurso de tres horribles años para que se alterasen sus convicciones. Había leído a un filósofo que el sentimiento del honor a la manera caballeresca implicaba orgullo, vanidad, exceso de amor propio.. Su acción, entonces le pareció absurda, inadmisibile...

Y ante su enorme dolor - dolor de vivir lejos de la mujer a quien seguía idolatrando, del hijo carne de su carne, víctima inocente de todo aquello—pensó que el honor poco valía frente al cariño. Y se embarcó rumbo al terruño a la búsqueda de los seres amados ..

Después de la frugal cena Rosa acostó a Juancito. El cuarto estaba débilmente iluminado, sombrío, sugerider...

Rosa pensó en su vida toda: primero la alegre caravana de los días felices: Juan afanándose por ella; el niño sano blondoy

vivaz que llamaba a su padre, que sonreía... Después.. el otro, el cuñado asediándola, persiguiéndola tenaz sin que desaires, ni amenazas lo intimidaran. Y luego el instante fatal mil veces recordado y otras tantas maldito, en que ella, rendida exámine mujer al fin, se abandonara...

El recuerdo vivo, cruel, inexorable la martirizaba despiadadamente. Sus sienes arden, el corazón late vertiginoso.

Más tarde se ve sola abandonando Rocha para trabajar sin tregua, defendiendo como una leona al pequeñuelo, redimiéndose allá donde nadie la conoce. Suenan pausadas en un reloj, las dos de la mañana.

De pronto, la puerta cruje estremecida bajo la presión de un puño varonil.

—¿Quién es?—balbucea Rosa toda trémula agitada por el sobresalto.

—¡Yo, Rosa!...— dice una voz fuera.

La puerta se entreabre, dejando paso a un hombre aun joven de ancha frente que surcan arrugas hondas como cicatrices:

—¡Crei poder vivir sin ti... y he vuelto!...

El abrazo es cordial, apretado, inmenso...

El clamor de la aurora penetra por las rendijas de la ventana. Se oyen los gallos, que rasgan con sus clarines el aire matinal. El niño, que cauteloso saltara del lecho, va hasta la puerta y halla vacíos los zapatitos:

—¡Mamá los reyes no me han traído nada!—llora junto al lecho materno.

Rosa sonríe, y le replica enternecida:

—¡Si hijo mio: han traído a tu padre!

Antón MARTÍN SAAVEDRA.

LAS TRES LIMOSNAS

Para consolación de mis aciago
días, le dijo el Amador, de hinojos:
buseo la estrella de unos Reyes-Magos...

Y Ella le dijo: te daré la calma;
te daré dos estrellas: ¡son mis ojos!
¡Ellos te habrán de conducir a mi alma!

Dijo el Avaro: busco el oro; el bello
talismán; el de mágicos hechizos . . .

Y Ella dijo: pues, toma mi cabello,
que es algo, así, como un solar tesoro . . .
¡Toma esta blonda profusión de rizos
que son, así, como un montón de oro!

El Poeta romántico; el bohemio;
el de los versos, en ensueño, sabios,
dijo: yo busco, por divino premio,
la rosa natural

Y Ella dijo, ofreciéndole sus labios,
¡Toma esta flor carnal!

GUSMAN PAPINI.

PRETERITO FELIZ

A LUCIA J. BUSIOLANO.

Dejadme replegar en el recuerdo
De aquella edad de luz y de colores
En que mil veces sin querer me pierdo
Atraído por viejos esplendores.

Aquella edad la infancia promisoro
Tan pródiga en promesas y cariño
Edad que por lo pura es una aurora
Do en bien se baña el corazón del niño

Edad de la virtud y la esperanza

Que al arrullo materno se levanta
Y qué del mal el aguijón no alcanza
Ni encuentra espinas su inocente planta

Y despues de la escuela en el santuario
Las oraciones al saber se elevan
Y como es de virtud sacro breviario
Las almas tiernas su perfume llevan.

El maestro, el condíscipulo, el amigo
De juegos inocentes se levantan
De la dormida edad y es el testigo
De viejas dichas que al pasado cantan.

Dejad pues que me embriague en remembranzas
Pues solo mi pasado dichas guarda
Y no espero que nuevas esperanzas
Visiten la humildad de mi buharda.

Ya que nunca ese sol tibio y ufano
A de dejar reflejos en mis ojos
Dejad que lleve al corazón la mano
Y viva del recuerdo en los despojos.

DOMINGO L. PIZARRO.

VENCIDOS

Carlos era un artista exquisito; se había impuesto con sus obras germinando en él, ese orgullo que nace de la admiración.

Aurora el lirio de albura pristina que descollaba en el jardín de la belleza se había sentido acariciada por el aura de la vanidad. Carlos y Aurora se conocie-

ron, y la extraña atracción de las almas superiores, le iba estrechando con su fuerza apocalíptica, suprema impercutable . . . y se amaron.

Dos enemigos poderosos se encontraron frente a frente: el orgullo del artista laureado, y la vanidad de la mujer hermosa, sostendrían su rebelión.

El no quería inclinarse; rendirse diciéndole te amo; ella quería tener una indiferencia inflexible . . . la lucha quedó entablada.

.

El jardín tenía la placidez de un atardecer sin brumas, los amantes se habían inclinado esclavizado, vencidos, el amor había triunfado.—L.



EN LA CORRIENTE

*Como la flor del valle, marchitando
Sin gotas de rocío,.....
Como el agua del río
Aunque marche con furia va callando;*

*Sin el beso del viento que murmure,.....
Como el pájaro errante,
Sin asilo constante,
Sin pareja de amor aquien arrulle;....*

*Como el beso del viento a la montaña
Que halla frío en la cumbre,
Como abismo sin lumbre
Que guarda los orrores en su entraña;*

Como el choque del mar contra el granito

*Despedaza sus alas; . . .
Como las almas, solas,
Condenadas a errar en lo infinito;*

*Larchan llenas de penas y tristuras;
Con mi dolor profundo,
Sin amor en el mundo,
Voy sufriendo tambieu mis desventuras.*

A. S. ACUÑA.

Gualeguaychú (E R)

EL ALMA DE IBO

En una pintoresca comarca del país de los magos en las cercanías de un tranquilo pueblo se levantaba magestuoso el señorial castillo de la Poesía.

En aquel castillo moraba la más hermosa criatura le llamaban Princesa.

Ibo, humilde doncel, pastorsillo inquieto, había visto en una pálida alborada la lírica figura de Princesa.

Desde aquel memorable día Ibo no podía apartar de su pensamiento la imagen de Princesa, subyugado por su célica belleza, aun que no dejaba de comprender el abismo que mediaba entre su posición y la de la hermosa joven.

Una mañana, mientras vagaba el zagal por las campiñas tras su rebaño, encontró a un anciano de larga barba blanca que cojeaba debido a una herida que se había echo en un pié con los guijarros del sendere, que venía de la montaña.

Movido a compasión, el joven desgarró su pañuelo para vendar la herida del viajero.

Gracias, amigo, eres muy bueno; ¡lástima que la dueña de tu corazón sea un imposible!...—Como sabes?— exclamó sorprendido el pastorsillo.—Yo se todo lo de la comarca; soy el rayo de la montaña;—añadió tranquilamente el anciano.—Princesa es un imposible para ti; más, en pago de tu generoso corazón, quiero otorgarte tres gracias para que puedas aproximarte a ella.

Tres, solo tres: serás por tres veces lo que anheles; te con-

vertirás en lo que deseés.

Dicho ésto, el anciano desapareció de los ojos de Ibo.

Largo rato quedó el joven atónito sin atreverse siquiera a pensar en lo expresado por el mago; al fin, exclamó: quisiera ser rayo de sol para ganar el castillo de la Poesía. Enseguida Ibo, transformado en rayo de sol, penetra en el castillo y acaricia la rubia cabellera y el rostro arrebatador de Princesa: así pasó dicho-samente el día. Pero vino el crepúsculo; y los últimos rayos de sol tenían que ir a perderse en las más altas crestas de la montaña. La brisa empujó a agitarse tenuemente. Ibo, rayo de sol antes la perspectiva dolorosa de tener que alejarse hasta el día siguiente, deseó ser brisa. Pronto las brisas detuvieron sus vuelos desmayándose en una calma absoluta. La noche oficiaba su reinado de sombras. Ibo aturdido renegó por segunda vez, de su estado, y deseó convertirse en sombra. Bien pronto se cumplió su pedido; convertido en sombra, cosa detestable y ruin, Princesa se asustaría de él le repugnaría y tal vez hasta le odiara.

Pesó desesperado que había agotado las tres gracias del mago de la montaña; por tanto, ya no podía volver a ser rayo de sol, brisa, ni siquiera pastorcillo y ebrio, de despecho y odio, se fué aturdido por los caminos oscuros extraviando y perdiendo a los viajeros que a cada paso lo maldecían.

Hay quienes dicen que el mago de la montaña expresó un día, que la duda y los celos no son otra cosa, que el alma de Ibo echa sombra que envuelve el cerebro y el corazón de los enamorados.

D. L. P.

La mejor forma de orrar la gloriosa memoria de José Enrique Rodó es dando a la mente y al corazón la generosa esencia de su fecunda obra.

Pen la fé de tus amores en lo bello y en lo bueno y dejarás en tu obra el mejor monumento, el más ejemplar.

MENUDENCIAS

A aun andaluz que estaba entre sábanas durmiendo y roncabapacificamente, le despertaron para comunicarle que su adorada esposa, acababa de fallecer.

¡Todo sea por amor de Dios!— Contéstò envolviendose otra vez en las sábanas para seguir roncando—¡no me espera mal justo al levantarme!

En una corrida, un torero portugues, recibió un decente revolcón. Levantáronle del suelo sus compañeros y puesto en pié nuestro heroe lucitano, entre mohino y mareado por el golpe, pareciole que la tierra daba vueltas a su alrededor y dijo: — No tembles, terra que no te faré daño!

Un jóven elegante, acariciaba mucho y de continuo a cierto caballero, que tenía una hermana sumamente bonita. Un dia que se vió abrumado de tantas caricias, le dijo:—¡Ay amigo! cuanto quieres a mi hermana!

Dos seres hay que me cuidan—Con ciega solicitud;—Si estoy enfermo, mi madre, -- Si tengo dinero, tu.

Ynclinada la cabeza— Reposa aqui Fray Quirico:— ¡Santo varon! Se hizo rico—Predicando la pobreza.

Anuncio raro.—«Se desea una criada que sepa --cocinar y cuidar a los niños».—¡Pobre criaturitas!

Sevilla para el regalo;—Madrid para la nobleza;—Valencia para jardines—Y para infierno. . . . una suegra.

A un cochero que solicitaba colocación:— sobre todo ser honrado.—Vamos a ver, si encontrase usted en el coche una cartera con diez mil pesos, ¿que haría?—Nada: viviría de mis rentas.



NOTAS Y NOTICIAS

«Canto a Joaquin Suarez».—Resibimos éste pequeño cuanto.

inspirado poema del amigo y colaborador José Carduz Viera.

Ya reconocido por crítica meritoria de firmas bien conocidas, el justo valor de la obrita del compañero, nosotros nos concretamos a adherirnos a ella.

Noble pareja. —El señor A. Coteló Freire ha solicitado la mano de la inteligente señorita Rosita V. Pereira, para nuestro buen amigo y colega Carlos N. Rocha; director consecuente de «Revista Rochense».

Que la dicha consagre por siempre como merecen las aspiraciones de esta noble pareja.

«*La Voz del Pueblo*». —Como en nuestro número pasado criticamos la despreocupación de algunos colegas en la selección del material literario, nos parece justo también, felicitar a los que tienen muy en cuenta presentar producciones dignas de la cultura de un público inteligente. Entre estos últimos nos complacemos en citar a «*La Voz del Pueblo*» que aparece el Pueblo Libertad, departamento de San José.

Nuestro present ejemplar. —Debido a carecer en el momento preciso del papel que estilábamos; nos vemos obligados a presentar este ejemplar de nuestra revista, más pobremente vestido que de costumbre.

Disculpad, buenos lectores.

Nuestro secretario de reparto y cobranza que es un muchacho listo, exclamó al saber esto: ¡la gente al ver a «*Albores*» en esa decadencia es fácil piensen que la pobre revista está «por estirar la pata»!

—*No importa.* —le respondemos: — mientras subsistan los buenos favorecedores con que cuenta hoy, «*Albores*» gozará de perfecta salud.

ALBORES

REVISTA LITERARIA.

Redacción: 18 de Julio, 217.

Representantes en Montevideo:

Tulio B. Inchausti.—San José, 1012.

Dámaso H. Marquéz.—Democracia, 1730,

